

---

---

## *La Regenta: contrafigura de Carmen*

---

---

«Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.»

«Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.»

Seiscientas y pico páginas antes de este final revulsivo y naturalista, nos hemos encontrado a la joven Ana Ozores «en la capilla del Magistral, esperándole para confesar. Novedad estupenda. La Regenta, muy principal señora, era la esposa de don Víctor de Quintanar, regente en varias Audiencias, últimamente en la de Vetusta, donde se jubiló con el pretexto de evitar murmuraciones acerca de ciertas dudosas incompatibilidades; pero, en realidad, porque estaba cansado y podía vivir holgadamente saliendo del servicio activo. A su mujer se la siguió llamando la Regenta».

Anhelante en la penumbra de una catedral de provincias, en espera de su nuevo director espiritual —cuya volcánica libido la penitente va a ignorar de modo tan cándido como ocultará en confesión sus discretos coqueteos con el tenorio Mesía—, «la digna y virtuosa y hermosísima esposa de don Víctor de Quintanar» nos ha sido legada por Clarín como la figura gótica de un «eterno femenino» arraigado en la España decimonónica y oscurantista, aún bastante parecida, aunque más civilizada y más real, a la España en que Merimée, cuatro décadas antes, había situado a su *Carmen*.

Si Carmen es la figura resultante de cierto enfoque foráneo y folklorista, la Regenta es su contrafigura, la imagen quintaesenciada de la España clásica y tradicional. Ambas son, no obstante, las dos caras de una misma moneda, en la que se contraponen unidas por el mismo anhelo de libertad total por distintos caminos vencida. Las dos son rebeldes, tanto la aristocrática, virtuosa y bella Regenta de Leopoldo Alas como la popular, delincuente y agitanada Carmen de Merimée; pero sus respectivas formas de asumir la rebeldía son diametralmente opuestas.

El protagonismo de Ana Ozores —es decir, su ser como problema, tanto para sí como para otros— deriva del rechazo de lo que la sociedad le ha conferido como las únicas señas de identidad que deben serle propias, esto es: ser la Regenta, la digna y un poco frívola esposa del ex magistrado cincuentón con quien, al casarse, ha conquistado la aceptación de la aristocracia vetustense y ha logrado borrar el baldón de ser la huérfana del librepensador Ozores, infiel y traidor a su noble estirpe hasta el punto de desposar a una modista italiana, tan desarraigada por ello a su vez, sin duda, que pronto muere y queda la pequeña Ana, por encargo del quijotesco y contradictorio padre, en manos de quienes la tratan «como a un animal precoz. Sin enterarse bien de lo que oía, había entendido que achacaban a culpas de su madre los pecados que le atribuían a ella...»

En manos de un aya de formación inglesa, aunque católica y tan cruel como las

preceptoras de Jane Eyre, «Ana, que jamás encontraba alegría, risas y besos en la vida, se dio a soñar todo eso desde los cuatro años». La fantasía, única vía de escape de una realidad opresiva, en nada amable, se convierte en la forja de una rebeldía infantil que —aun cuando «Nunca pedía perdón; no lo necesitaba. Salía del encierro pensativa, altanera, callada»— no tardará en ser vencida por la crueldad injusta e inculpatoria de quienes la rodean, y así, «confundiendo actos inocentes con verdaderas culpas, de todo iba desconfiando», incluso del propio rechazo visceral ante la injusticia que la había llevado a ser rebelde, y, por ello mismo, aunque «contradiendo poderosos instintos de su naturaleza, vivió en perpetua escuela de disimulo, contuvo los impulsos de espontánea alegría; y ella, antes altiva, capaz de oponerse al mundo entero, se declaró vencida, siguió la conducta moral que se le impuso, sin discutirla, ciegamente, sin fe en ella, pero sin hacer traición nunca». Y puesto que vive en una sociedad de la que emana un Estado confesional, católico, nadie podrá reprocharle que, huyendo de una realidad inaceptable, se cobije bajo las alas protectoras y fascinantes de un religioso misticismo; pero se equivoca: a su alrededor, en su medio ambiente, el exceso de religiosidad es visto con malos ojos y considerado de mal gusto. Y cuando, tras la muerte de su padre, es acogida caritativamente por sus aristocráticas tías solteras, no se le ocurre otra cosa —para escapar del tedio y de la mediocridad de Vetusta, para canalizar hacia la cultura las inquietudes estéticas e intelectuales de su sensualidad insatisfecha y de su espíritu desorientado— que ponerse a escribir versos, hacerse literata, incurrir en «el mayor y más ridículo defecto que en Vetusta podía tener una señorita: la literatura». Las mismas tías, al descubrir este nefando vicio en su sobrina, al poner el grito en el cielo, no hacen sino ser fieles a la «noble e ilustre» tradición vetustense:

«Cuando doña Anuncia topó en la mesilla de noche de Ana con un cuaderno de versos, un tintero y una pluma, manifestó igual asombro que si hubiera visto un revólver, una baraja o una botella de aguardiente. Aquello era una cosa hombruna, un vicio de hombres vulgares, plebeyos. Si hubiera fumado, no hubiese sido mayor la estupefacción de aquellas solteronas. “¡Una Ozores literata!”»

Esta nueva desviación libertaria de la huérfana de la bailarina italiana y del «masón, republicano y por consiguiente ateo» don Carlos Ozores, exige que se reúna el cónclave de la nobleza vetustense, bajo el consejo del marqués de Vegallana, quien dictamina: «No he conocido a ninguna literata que fuese mujer de bien.» Y, desde una perspectiva menos moral y más positivista, hace un aporte de pruebas: «¿Y quién se casa con una literata? A mí no me gustaría que mi mujer tuviese más talento que yo.»

Para evitar el escarnio de ser llamada burlona y despectivamente Jorge Sandio, Ana «se juró a sí misma no ser “la literata”, aquel ente híbrido y abominable de que se hablaba en Vetusta como de los monstruos asquerosos y horribles». «Se rendía a discreción y se reservaba el derecho de despreciar a su tirano, viviendo en sueños.» «Pensaba que debía haber en otra parte una sociedad que viviese como ella quisiera vivir y que tuviese sus mismas ideas.» Pero no la había, al menos en el mundo seglar, y entonces le resurge la ocurrencia de meterse monja, idea de la que, sin mayor dificultad, le hace desistir su confesor Ripamilán: «Haz feliz a un cristiano, que bien puedes, y déjate de vocaciones improvisadas. La culpa la tiene el romanticismo con

sus dramas escandalosos de monjitas que se escapan en brazos de trovadores con plumero y capitanes de forajidos. Has de saber, Anita mía, que yo tengo para ti un novio, paisano mío.»

Se trata del aragonés don Víctor, con quien Ana Ozores se casa, finalmente, y no con el rico indiano, bienquisto de sus tías y enamorado de su hermosura, como tantos otros de Vetusta, incluso el poeta Trifón, que le dedica versos en el periódico local sin que Ana, absorta en las cavilaciones y desdenes subsiguientes a las derrotas de su libertad, se dé cuenta de nada, ni siquiera de que don Víctor es demasiado viejo para sus floridos y admirados diecinueve años, aunque, eso sí: «Tenía ideas puras, nobles, elevadas y hasta poéticas.» Don Víctor era bueno, con esa clase de bondad, rayana en la tontería, que con el tiempo haría de él la víctima cruenta, propiciatoria; una víctima, sin embargo, nada inocente, como él mismo reconoce cuando, por fin, el inevitable desastre se avecina: «¿Con qué derecho uní mi frialdad de viejo distraído y frío a los ardores y a los sueños de su juventud romántica y extremosa?»

Pocos años después de esa absurda boda entre el caduco e impotente ex magistrado y la jovencísima y anhelante Ana Ozores, dos voraces buitres comienzan a planear en picado sobre el cadáver de la libertad de Ana: el irresistible y respetado tenorio de Vetusta, don Alvaro Mesía, jefe del partido liberal, y el cura don Fermín de Pas, el Vicario, indiscutible dueño espiritual —y hasta financiero— de la «Vetusta levítica», donde «la energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. El era el amo del amo. Tenía al Obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones».

Cuando el casamentero arcipreste Ripamilán se declara ya incompetente para seguir dirigiendo y orientando el espíritu inquieto y atormentado de Anita, don Fermín de Pas, el Magistral, hace uso de todo su poder para quedarse con «la más codiciada penitente de Vetusta», y al convertirse en el nuevo director espiritual del alma de la Regenta, va a retrasar considerablemente la posesión del cuerpo de ésta por parte del pertinaz Mesía. La contienda desatada entre ambos por el dominio del alma y del cuerpo de la Regenta provoca tan morbosa expectación popular que llega a ser motivo de polémica en los corrillos del Casino:

«Se había dicho allí, con más o menos prudencia, que el señor Magistral iba a ser en adelante el confesor de la señora doña Ana de Ozores de Quintanar, porque esta ilustre y virtuosísima dama, huyendo de las asechanzas de un galán, que no era el señor Ronzal...

—Es Mesía —interrumpió Joaquinito.

—Pues miente quien tal diga —gritó Trabuco, muy disgustado con la noticia—. Y ese señor don Juan Tenorio puede llamar a otra puerta, que la Regenta es una fortaleza inexpugnable.»

El presunto conquistador de esa fortaleza, «el elegante Mesía, aquel *gallo* rubio, pálido, de ojos claros, fríos casi siempre, pero candentes para dar hechizos a una mujer», piensa, por el contrario, que la rendición de la Regenta depende sólo de un hábil asedio político, una inquebrantable perseverancia y un sentimentalismo simulado, mas convincente. Por otra parte, don Alvaro desconfía de que puedan existir mujeres fuertes, capaces de resistirse, de no doblegarse ante sus imperativos físicos de

macho fascinante; y confía, en cambio, firmemente en sí mismo, y en su materialista concepción del amor, para conseguir «la sumisión de Ana, el triunfo». Ana Ozores no tenía por qué ser una excepción. O «¿con qué unto singular, milagroso, hacía incombustible la carne flaca aquella hembra?» Todo era cuestión de tiempo y de paciencia, y él estaba acostumbrado a encontrar los medios adecuados a sus fines.

«El era, ante todo, un hombre político; un hombre político que aprovechaba el amor y otras pasiones para el medro personal.»

Por algo tenía en sus manos todos los hilos de la vida política de Vetusta. Porque aparte de ser el líder del partido liberal —y, además, presidente del Casino, donde se cocían muchas de las tramas caciquiles bipartidistas—, era amigo íntimo y asesor del marqués de Vegallana, el jefe del otro partido, el dinástico, en cuyo seno las grandes y pequeñas decisiones tomadas por el marqués, en realidad le eran inducidas a éste por Mesía, quien, en definitiva, era el que manejaba todos los politiquesos liberales y dinásticos de Vetusta.

Ana Ozores, sin saberlo, como una decorativa marioneta, es pasivamente introducida en las tramas del poder a partir del momento en que se convierte en la presa codiciada y disputada por las garras de las dos voluntades antagónicas que dominan en Vetusta, y que terminarán por dominarla a ella también.

Primero el cura de Pas, con la intención de apoderarse de su alma, para demostrar y extender su dominio en las más altas esferas de Vetusta, y, después, el tenorio Mesía, con la determinación de poseer su cuerpo, como un deseado trofeo de caza, digno de ser exhibido en el escaparate de su prestigio machista —fundamento, en buena medida, de su liderazgo político—, terminarán por arrastrar a Ana Ozores a la desesperación irreparable, al devorar, como aves carroñeras, los despojos del imposible albedrío de Ana para ser, además de una hembra hermosa, un ser humano libre y racional.

A través de *La Regenta*, Clarín va desvelando el cúmulo de engaños, farsas, apariencias, injusticias y contradicciones de un mundo en el que, al final, ni siquiera los verdugos logran escapar a la condición de víctimas, como cabe inferir de la conclusión argumental: el aislamiento social de la joven Regenta, la trágica muerte de su esposo senil, la huida de Mesía y la rabia pasional del Vicario. Todos ellos resultan personajes esenciales, con alguna dimensión universal, que alcanza sobre todo a Ana Ozores, símbolo de la libertad doblemente depredada, tanto por el idealismo como por el materialismo, representados en esos otros dos personajes —Mesía y de Pas— en quienes el autor desvela lo que hay bajo las apariencias de su *ser para los demás*: la elección, frente a la dualidad entre verdugos y víctimas, de ser presuntuosamente y a toda costa lo primero.

Ana Ozores, ya desde el principio de su peripecia vital —realizada en la perenne dimensión novelesca del tiempo, en el que lo humano sólo se realiza individual y fugazmente— parece condenada a ser la víctima, condicionada a serlo por su heredada inadaptación a las circunstancias adversas, personales, familiares y ambientales, que la conducen a la renuncia de la libertad, y en esta renuncia se fundamenta su debilidad, su aniquilamiento psíquico y social, por no disponer de voluntad y coherencia